

Nadie es como debería ser. En nadie está intacta la naturaleza. El que crea que es fácil ponerla en orden, se engaña. Preciso es un trabajo serio, continuo, para separar completamente del oro las escorias que contiene. ¡Feliz el que pueda realizar esto en su vida en el mundo!

La vida de los más nobles y más santos hombres es precisamente la prueba más convincente de esta verdad. Porque si se han hecho perfectos, es porque han trabajado con gran seriedad y constancia en purificarse ellos mismos.

Así, pues, el que aspira á la virtud, no tiene otro medio para llegar á ella que trabajar sin descanso en desarraigar sus defectos y los gérmenes del mal que lleva en sí.

Para lograr la pureza del corazón, preciso es comenzar por purificarlo.

El fin á que uno quiere llegar, es la perfección. El medio para obtenerla es el perfeccionamiento, y para perfeccionarse, preciso es deshacerse de sus imperfecciones.

Henos, pues, de nuevo aquí en presencia de los tres grados de la vida espiritual, de que con tanta frecuencia hemos tratado.

El primero, sin el cual son imposibles los demás, es el llamado *vía purgativa* ó *camino de purificación*. El que quiere subir á lo más alto de la escala—dice el proverbio—debe empezar por los escalones inferiores. ⁽¹⁾ Sin principio, no hay progreso, y sin progreso, no hay perfección.

Entre todos los santos, entre todos los que realmente han logrado la perfección, no hay uno solo que haya proclamado una doctrina distinta de ésta. Y si no lo dicen con palabras, lo predicán mucho más alto con sus ejemplos.

Para llegar á la perfección, preciso es ante todo poner manos á la obra. Ahora bien, debemos comenzar por luchar contra nuestros defectos, por purificar de sus escorias á nuestra naturaleza corrompida. Jamás es demasiado pronto ni demasiado tarde para empezar este primer trabajo. Ninguna fatiga es demasiado grande para arrancar la

(1) Koerte, *Sprichwört. der Deutsch.*, (2) 4741.

mala hierba del corazón, cuando se reflexiona que únicamente se emprende este trabajo para que, el que lo empiece con lágrimas, acabe por gozar en la más profunda paz de los frutos de justicia cosechados por él mismo. ⁽¹⁾

Ni las malas disposiciones naturales, ni las pasiones más indomables, ni la inclinación al mal, ni los hábitos inveterados, son obstáculo alguno para el bien, con tal que empiece uno por entablar la lucha contra ellos.

Esta lucha es tanto más difícil cuanto que más tarde se empiece. Pero aun entonces ofrece garantías de éxito. Cuanto más deje uno crecer la mala hierba en su alma, más trabajo necesita para extirparla. Pero aun, en este caso, no debe desesperar del resultado, con tal que ponga seriamente manos á la obra.

¡Cuántos entre nosotros se han creado por sí mismos los obstáculos que encuentran en esta vía! ¡Cuántos han perdido los mejores años de su vida! Pero al fin hemos abierto todos á la gracia la puerta de nuestro corazón, y no le hemos rehusado por más tiempo nuestra cooperación. Y apenas nos hemos lanzado á continuar lo que primeramente había ella empezado, y mucho tiempo antes que nosotros, cuando hemos visto inmediatamente la posibilidad de realizar lo que hasta entonces nos había parecido imposible. ⁽²⁾ El principio fué lo más difícil; pero, vencidas las primeras dificultades, la gracia, libre de su principal obstáculo, nos ha mostrado cada día su fuerza más y más victoriosa. La continuación se ha hecho cada vez más fácil, y á la postre, hemos llegado al término feliz á que aspirábamos.

Tal es ordinariamente el lenguaje de todos los santos.

7. La vía purgativa es la más necesaria.—Dedúcese naturalmente de aquí el principio de que, para el que quiere llegar á la perfección, la vía purgativa es la vía necesaria, y aun la única para alcanzar este fin.

Seguramente que este lenguaje no está conforme con

(1) Hebr., XII, 11.

(2) Cyprian., *Ad Donatum* (ep. 1), 2 (4)

las ideas del Humanismo, el cual, por boca de sus filósofos y educadores, predica precisamente lo contrario.

Las teorías modernas sobre educación pretenden que, para conducir á la humanidad á la luz y á la civilización, hay necesidad de partir del principio de Rousseau y Gœthe, á saber, que siendo buena la naturaleza, no hay más que dejarla obrar. Según dichas teorías, la empresa de la educación consiste simplemente en procurar que la naturaleza del hombre se desarrolle simplemente por sí misma.

Que este modo de ver sea tan universalmente aprobado, fácil es de comprender. Los hombres son siempre y en todas partes los mismos. Todos tenemos algo de la locura de Ícaro. Cuando queremos remontarnos á las regiones más elevadas, nada es demasiado alto ni demasiado rápido para nosotros. En este caso, sólo pensamos en volar; andar sería demasiado lento. Pues bien, los educadores modernos, con toda la muchedumbre de maestros populares que los siguen ciegamente, y que más procuran complacer á los hombres que serles útiles, fomentan en todas partes esta inclinación.

Al rebajar constantemente el Cristianismo, que no cesa de considerarnos como niños, elogian la sabiduría de ellos, la cual, por medio de ciertos artífices, tiene la ventaja de educar á los hombres sin trabajo por su parte y jugando, y de elevarlos rápidamente por encima de todas sus debilidades hasta las más vertiginosas alturas.

Pero, en semejante materia, no deciden las grandes palabras, sino los actos y los éxitos reales.

No nos permitiremos juzgar los actos de estos maestros no cristianos; no hay necesidad de ello. En cuanto á sus éxitos, no tenemos necesidad alguna de expresar nuestro modo de ver. Su propio descontento y las quejas continuas con que importunan al mundo prueban suficientemente cuán lejos están de alcanzar el fin propuesto.

Esto es claro. El hombre no está hecho para volar, sino para andar; y el sendero que conduce á la perfección es largo y penoso de subir.

De aquí que esta pedagogía moderna, que nos ofrece hacernos perfectos jugando, no esté calculada para el hombre. También aquí tienen aplicación las palabras de la Escritura: «Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, esos son los que te traen engañado, y destruyen el camino que tú debes seguir». ⁽¹⁾

Sólo la religión, que quiere nuestro bien, nos sostiene aquí bajo, y nos enseña á elevarnos modesta y lentamente paso á paso, procurando cuidadosamente no perder el terreno sólido sobre el cual marchamos.

Al enseñar la necesidad de seguir el camino de la purificación, la moral cristiana aparece precisamente como la primera base en que debe fundamentarse la educación humana.

Quizás se espante uno de que el Cristianismo nos declare ante todo que nos es imposible realizar nuestra empresa, si no hacemos violencia á nuestra naturaleza corrompida y á nuestros defectos.

Pues bien, esta verdad es muy humana, y, como tal, de gran consuelo para el hombre. No exige de nosotros que poseamos ya la perfección. Sólo los estoicos y sus discípulos han podido abrigar la idea de agujonear al orgullo con semejante exigencia, y, al propio tiempo, desalentar así la debilidad. Nuestra religión nos impone únicamente la obligación de aspirar á la perfección. Si el Juez Eterno nos encuentra en este camino, clemente será su sentencia. Poco importa que hayamos recorrido una parte pequeña ó grande; basta con que hayamos ido tan lejos como podíamos.

Pero lo absolutamente necesario es por lo menos empezar, hacer por lo menos la primera etapa del camino de la perfección, es decir, ponernos en marcha por el camino de la purificación.

Ya se ha dado un gran paso hacia adelante, cuando se ha resuelto uno á entrar por esta vía. ⁽²⁾

(1) Is., III, 12; IX, 16.

(2) Guerric., *In adventu Dom.*, 5, 2.

Cuando uno ha dado este primer paso, y está resuelto á no detenerse, sino á dar el segundo y el tercero tan pronto como le sea posible, su suerte es segura, aunque el hilo de sus días se rompa súbitamente. ⁽¹⁾

8. Contenido y extensión de la vía purgativa.—Con todo, esto no quiere decir que baste únicamente entrar por el camino de la purificación.

Como ya lo hemos dicho, sólo hay una vía para llegar á la perfección. Este camino tiene los grados que ya conocemos, pero estos grados no pueden ser separados los unos de los otros.

Nadie puede decir con exactitud dónde termina el camino de la purificación, y dónde comienza el de la iluminación.

Por consiguiente, peligroso sería para cualquiera decir: «En verdad que no quiero sustraerme á lo que es necesario, pero no quiero comprometerme á hacer más. Me basta con extirpar mis faltas. En cuanto al progreso en las cosas más elevadas, lo abandono á los demás».

Semejante lenguaje tendría sentido, si pudiese uno hallar el momento en que cesa el camino de la purificación, el poste fronterizo que constituye su límite.

Pero todas las tentativas de este género son vanas. De ellas proviene esa extraña idea de la mística protestante, á saber, que la conversión debe hacerse sentir por una conmoción violenta, y que debe uno poder indicar, señalar con el dedo, el momento en que ha tenido lugar la transformación interna. ⁽²⁾

¡Ah, qué contentos hubieran estado los santos, si hubiesen podido decir otro tanto de sí mismos! Pero sobre este punto no hay certeza posible. ⁽³⁾ Lo que uno cree poseer, no es otra cosa que una falsa seguridad, una sugestión del orgullo, el principio, y quizás también el fin de la ruina.

(1) Bernard., *Cant.*, 49, 7; *Ep.* 254, 2.

(2) V. más arriba, IV, 3.

(3) Concil. Trident., s. 6, c. 13, 14, 15, 16.

El hombre tiene siempre motivo para mostrarse inquieto cuando examina su interior, y esto no sólo al principio de su conversión, sino también más tarde. ⁽¹⁾ Los que ya están lejos en el camino de la perfección, siempre encuentran malas hierbas que arrancar en ellos. ⁽²⁾ Y, como de ello estamos convencidos, los más santos de los hombres tienen á menudo que sostener penosos combates que les recuerdan con amargura que todavía no han recorrido por completo el camino de la purificación, por más que estén ya cerca de la cumbre de la perfección.

Sólo se ha recorrido este camino por modo perfecto cuando se ha dado el último paso hacia la perfección. Pero ¿cuándo podrá decir uno que ha llegado hasta allá?

No menor ilusión sería creer que basta recorrer el camino de la purificación sólo por modo superficial y en sus primeros grados.

Empresa completamente inútil sería ésta; semejante pensamiento no podría ocurrírsele más que al que tiene un concepto falso de la naturaleza humana.

El hombre no es en manera alguna bueno, porque se haya desprendido de una gran falta, ó porque haya extirpado tal ó cual inclinación perversa. Del mismo modo, no se le cura por completo de una fiebre, si se la combate rápidamente con medicina enérgica, y luego se le deja ocuparse en sus negocios.

Semejantes enfermedades no se adhieren al hombre como las plantas trepadoras á la corteza de los árboles, sino que tienen asiento en su interior, y no son otra cosa que el resultado de una acumulación de malos humores en todo el cuerpo.

Si se hace desaparecer la lepra ó un cáncer sin suprimir sus causas más íntimas, reaparecerá el mal á la primera ocasión propicia; por consiguiente, no es esto una curación.

Del mismo modo, no se lograría la purificación del co-

(1) Eccli., V, 5. Prov., XXIII, 17.

(2) Gregor. Mag., *Mor.*, 5, 59.

razón, si se contentase uno con deshacerse de los defectos que con más frecuencia encuentra en sí mismo, de los que más le cubren de vergüenza y más disgustos le causan.

Cierto que es prudente y necesario emprender la marcha hacia la perfección luchando con los principales defectos, porque así como el médico combate desde luego el mal allí donde ofrece mayor peligro, así también el que aspira á un mejoramiento moral, debe procurar ante todo deshacerse de sus más peligrosas llagas espirituales: inclinaciones favoritas, negligencias, malos hábitos, defectos inveterados.

Pero no debe forjarse ilusiones, pues, haciendo esto, todavía no ha realizado la primera parte de su empresa.

El hombre completo debe purificarse del mal que le ha penetrado, tanto interior como exteriormente.

Desde luego debe hacerse esto, y del modo más decisivo, allí donde la corrupción ha echado sus más profundas raíces, y allí donde no cesa de atacar la voluntad y el corazón.

Vese, pues, que el camino de la purificación se extiende por vasto dominio.

Ante todo, es preciso romper por modo decisivo con toda especie de pecado, y aun con la inclinación á esos pequeños defectos que tanto nos complacemos en tratar con miramientos con el nombre de imperfecciones, y que no consideramos dignos de especial atención.

En segundo lugar, preciso es entablar una lucha formal contra las tentaciones que debe esperar el que se ha resuelto á marchar generosamente por el camino de la perfección. ⁽¹⁾

La tercera empresa consiste en refrenar las pasiones y en reglamentarlas, empresa que, como ya lo sabemos, es una de las más importantes y difíciles de la vida moral.

Pero en vista del estado de decadencia en que se halla el hombre, imposible le es satisfacer á esta última empresa, sin enriquecer á su débil voluntad de la fuerza y valor que necesita.

(1) Eccli., II, 1. II Tim., III, 12.

De aquí la mortificación interior primeramente, y luego la mortificación externa, las cuales forman otra cuarta empresa, y, para decirlo sin rodeos, un elemento indispensable de la vía purgativa.

Ya hemos dicho que las mortificaciones externas no son absolutamente necesarias, y pueden, según las circunstancias, ser suprimidas en parte. Sin embargo, no son tan inútiles como quisiéramos convencernos de ello para lisonjear nuestra molicie. Por lo contrario, es tanto más oportuno recordar su importancia cuanto que el amor á nuestra comodidad más nos aleja de ese medio que tan poderosamente contribuye á darnos la resistencia física y el vigor intelectual.

Sea de ello lo que se quiera—y esta es la quinta cosa que forma parte del camino de la purificación—el principiante no debe olvidar que la penitencia es una de las obligaciones más importantes cuando marcha uno por esta vía.

Que la satisfaga él con prácticas escogidas por sí mismo, ó bien soportando pacientemente los sufrimientos y pruebas que Dios le envíe, en otros términos, que sepa llevar su cruz, poco importa. Lo mejor sería hacer ambas cosas á la vez. Pero lo que nunca se le recomendará suficientemente, es el cumplimiento de la obligación de hacer penitencia. Porque, desgraciadamente, el oído demasiado sensible de los mismos cristianos no gusta de escuchar la palabra cruz. En cuanto á la palabra penitencia, nos es ya completamente extraña.

Pero como para todo esto son necesarias abundantes gracias, y como éstas aumentan únicamente en razón de la cooperación del hombre, especialmente con la oración, resulta de ello la sexta y última empresa para el que marcha por la vía de la purificación. Tales son los esfuerzos para apropiarse la mayor y más necesaria de todas las ciencias: la de la santidad.

9. Resumen de la vía purgativa.—Inútil es observar que, con lo que hemos dicho hasta aquí, no hemos abarca-

do en manera alguna el dominio completo de la perfección cristiana y de sus obligaciones.

Hasta aquí sólo hemos tratado de sus principios; sólo hemos descrito su primer grado, el camino de la purificación, y aun todavía con indicaciones sumarias.

Pero ya lo exigido aquí resuena en los oídos del hombre como una sentencia de muerte.

En efecto, el Espíritu de Dios se sirve de esta dura expresión para resumir en una palabra toda la empresa que debemos realizar en este primer grado.

«Porque muertos estáis» ⁽¹⁾—dice el Apóstol—«Debéis consideraros como muertos para el pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo Señor Nuestro». ⁽²⁾

Amargas palabras, pero que, no obstante, son de la mayor exactitud.

A veces se han servido los místicos de otras palabras, y así dicen que el principio de la vida espiritual consiste en perderse uno á sí mismo, ó bien hablan de la obligación, cuando pone uno el pie en esta vía, de despojarse de sí mismo, de desembarazarse de la criatura.

Todo esto es excelente y verdadero. Pero la expresión *morir para sí mismo*, es todavía mejor y más exacta.

No puede decirse lo mismo de todas las que emplean los místicos y los ascetas. Muchas deben ser comprendidas únicamente en sentido impropio, y tomadas en sentido mitigado, á fin de no provocar ideas falsas y exageraciones. Por ejemplo, se dice con frecuencia que debemos suprimir nuestra naturaleza, ó bien ahogarla, matarla. Ahora bien, términos son estos soberanamente impropios. No debemos ahogar ni matar nuestra naturaleza, sino purificarla. No debemos hacerle violencia, sino animarla, desembarazándola de todos los obstáculos que la atormentan. Lo mismo ocurre con otros muchos términos semejantes; pero la expresión *morir para sí mismo*, no podría ser reemplazada por otra mejor.

(1) Col., III, 3.

(2) Rom., VI, 11.

En el que está muerto, ya no domina el pecado; en él están extinguidas la codicia y la cólera, y apagadas las pasiones. ⁽¹⁾ El muerto ha cesado de obrar como obraba antes, cuando estaba vivo. Antes amaba la buena comida, las riquezas, la agudeza de espíritu, la belleza seductora; ahora todo esto carece de encantos para él. Mientras que antes el orgullo y la ambición eran más ó menos los móviles de sus acciones, aun de las mejores, todo esto está muerto en él. ⁽²⁾

Así es como, si el hombre quiere ver extenderse ante él la vía divina, debe empezar por morir para sí mismo y para toda su vida pasada.

No hay contradicción en decir que la vida comienza con la muerte. El grano de trigo debe igualmente morir; «de lo contrario, permanece solo; pero si muere, produce mucho fruto». ⁽³⁾

El hombre no debe morir, sino vivir. «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». ⁽⁴⁾ Ahora bien, no puede vivir con esa especie de enfermedad que lleva en sí. Debe empezar por expulsarla; pero, desgraciadamente, de tal modo se ha arraigado y desarrollado en nosotros, que no parece sino que su expulsión ha de causarnos la muerte.

Pero estemos tranquilos. No es morir para la muerte, sino morir para la vida. No es esta muerte un aniquilamiento que conduce á la tumba, sino una desaparición seguida de magnífica resurrección. ⁽⁵⁾

Hermoso morir es cuando muere uno para vivir una vida más elevada, una vida inmortal. ⁽⁶⁾ Á semejante desaparición pueden aplicarse las palabras de Tauler: «Perderse así, es encontrarse». ⁽⁷⁾

Que nadie tema, pues, á esta muerte. Cierto que es

(1) Smaragdus, *Diadema monachorum*, 23.

(2) Julian. Pomer. (Prosper), *Vita contemplativa*, 1, 21, 2.

(3) Ioan., XII, 24, 25.—(4) Ezech., XXXIII, 11.

(5) Augustin., *Sermo* 169, 16.

(6) Bernard., *Ep.* 105.

(7) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 464, 5 (II, 306).